

Latir

Apenas ha amanecido, las primeras luces del alba anuncian un nublado día de invierno. Los sonidos de los carros de lencería marcan el ritmo y el fin del turno de noche.

Las mañanas en cualquier unidad de hospitalización están repletas de vida y movimiento; voces, risas, murmullos, pasos que se acercan al interior de las habitaciones donde los pacientes, los más afortunados, se desperezan después de un sueño reparador...aunque este no es el caso. La noche ha sido fría y el miedo al nuevo diagnóstico se ha quedado adherido a la espalda como una contractura. ¿Qué ocurrirá hoy cuando le den los resultados de la última analítica? ¿A qué delgada y desesperada línea terapéutica se aferrará?

Estas tribulaciones cesarán cuando entre en la habitación María, la enfermera. Es generosa y humana y quiero que me mienta, que me diga que tenga paciencia, que no todo está perdido, que Berta saldrá adelante, que las últimas pruebas dirán que está a salvo de ese entrometido alacrán que se alimenta de sus juegos y su infancia.

La observo desde el duro sillón de acompañante, tan pequeña y frágil en su cama. Descansa tranquila gracias al calmante de madrugada, con la placidez de sentirse ajena a todos mis desvelos. Pero siento que la pierdo poco a poco, no me salen las cuentas, cada segundo es un latir que resta esperanza, es demasiado pronto para que desaparezca; y sin embargo, los contornos de su delicada figura ya se van diluyendo entre las sombras de las sábanas blancas. El día trae una gruesa capa de polvorienta tristeza tejida con desánimo como el zumbido molesto de un insecto que extraviado entra en el cuarto. Hoy, el mundo se reduce a una indefensa silueta en una cama de hospital.

Pruebo a abrir el **libro** de la mesilla y, entre sus páginas, encuentro un colorido dibujo de un corazón rebosante de **salud**, de un rojo brillante con muescas

dibujadas alrededor como creando el efecto trémulo de un latido y una fecha...con la firma garabateada de una niña de seis años.

De repente, un rayo de luz de un sol naciente entra tímidamente pidiendo permiso a través de la ventana de la habitación, ilumina el dibujo de Berta y, es entonces, cuando sin explicación, comienza a palpitar como un corazón real. Palpita agarrándose a la vida, se desprende del papel donde anidaba y sale volando de la habitación; atraviesa los pasillos de las unidades, pasa por el vestíbulo principal hasta salir del **Hospital Universitario de Fuenlabrada**. Sobrevuela la ciudad, aquellos hogares donde las estrecheces y la necesidad apremian, donde personas luchan sus pequeñas batallas en soledad ante la indiferencia de los otros, donde la locura hace estragos en el silencio y en el olvido.

Ese corazón ilumina la humanidad, se eleva por encima de la miseria del asfalto, y aunque conoce las trampas de la vida en su recién inaugurada sabiduría, renace cada día porque no tiene edad, nunca la tuvo y se asoma a la existencia como si la estrenase y nos recuerda a los mortales de abajo, en medio de tanta crispación y bruma... que se puede ser sencillo y bondadoso como un latir infantil.